



BOITELLE

A Roberto Pinchón.

EL viejo Boitelle tenía en el país la especialidad de las tareas sucias. Cuando hacía falta limpiar una letrina, un estercolero, un sumidero, reparar una cloaca ó cualquier agujero fangoso, siempre se recurría á él.

Llegaba con sus herramientas de pocero y sus mugrientos zuecos, y ponía manos á la obra renegando constantemente de su oficio. Si alguien, oyéndole quejarse, le preguntaba por qué hacía aquella faena tan repugnante, respondía con resignación:

—¡Pardiez! He de mantener á mis hijos, y ésta da más que ninguna otra ocupación.

Tenía, efectivamente, catorce hijos. Si se le pre-

guntaba qué era de ellos, contestaba con expresión de indiferencia:

—Sólo quedan ocho en casa; de los otros seis, uno está en el servicio y cinco se casaron.



Y si alguien quería saber si estaban bien casados, añadía vivamente:

—Yo no les contrarié. No les contrarié en nada absolutamente. No hay que oponerse á las inclinaciones, porque da malos resultados. Si yo sólo tengo tratos con la basura, se lo debo á mis padres, que torcieron mis inclinaciones. A no ser por eso, habría sido un obrero como tantos otros.

He aquí de qué modo sus padres habían torcido sus inclinaciones:

Era entonces soldado y prestaba servicio en el Havre, no siendo más bruto ni más despabilado que cualquier otro, pero algo simple no obstante. En las horas que tenía libres, su mayor placer consistía en pasearse por el muelle, á lo largo de los puestos de pájaros. Unas veces solo, otras en compañía de un paisano, caminaba con lentitud delante de las jaulas donde los papagayos de lomo azul y cabeza amarilla de las Amazonas, los papagayos de lomo gris y cabeza encarnada del Senegal, los enormes guacamayos, que parecen aves criadas en invernadero, con sus floridas plumas, sus penachos y sus crestas, las cotorras de todos tamaños, al parecer coloreadas con un cuidado minucioso por un dios miniaturista, y los pequeños y diminutos pajarillos saltadores, encarnados, amarillos, azules y de colores varios, que uniendo sus chillidos al ruido del muelle, producen con el estrépito de los navíos en descarga, los transeuntes y los carruajes, un rumor atronador, violento, agudo, ensordecedor, de bosque lejano y sobrenatural.

Boitelle se paraba con los ojos y la boca abiertos, risueño y encantado, enseñando los dientes á las cacatúas prisioneras que saludaban con su moño

blanco ó amarillo el llamativo encarnado de sus pantalones y el cobre de su cinturón. Cuando encontraba un ave parlera hacía preguntas; y si el animal se hallaba en disposición de responder y dialogaba con él, Boitelle tenía alegría y satisfacción para todo el día. También mirando á los monos disfrutaba lo indecible, y no imaginaba en los ricos un lujo que superase al de poseer animales de aquéllos, como los pobres tienen perros y gatos.

Aquella afición, el gusto de lo exótico, tenía en la sangre como se tiene el de la caza, el de la medicina ó el del sacerdocio. En cuanto tenía francas las puertas del cuartel, no podía menos de encaminarse al muelle, cual si le arrastrara un deseo ardiente.

Pero cierto día, habiéndose parado casi en éxtasis delante de un guacamayo monstruoso que hinchaba sus plumas, se inclinaba y se erguía, pareciendo hacer las reverencias de corte del país de los papagayos, vió abrirse la puerta de un cafetín que comunicaba con la tienda del pajarero, y aparecer barriendo hacia la calle la basura y el polvo del establecimiento, una joven negra con un pañuelo rojo en la cabeza.

La atención de Boitelle se dividió en seguida entre el animal y la mujer, y en verdad que no hubiera podido decir á cuál de aquellos dos seres contemplaba con más admiración y placer.

Habiendo echado fuera la inmundicia del cafetín, la negra alzó los ojos, quedando á su vez deslumbrada ante el uniforme del soldado. Permanecía en pie enfrente de él, con la escoba en la mano, cual si le presentase las armas, en tanto que el guacamayo continuaba inclinándose. Al cabo de unos instantes, el militar se sintió molestado por aquella atención, y se marchó, andando despacito, para que no pareciese que se batía en retirada.

Pero volvió. Casi todos los días pasó por delante del café de las Colonias, y muchas veces vió á través de los cristales á la criadita de piel negra que servía *bocks* ó aguardiente á los marinos del puerto. Con frecuencia, ella también salía al verle; y muy pronto, aun sin haberse hablado nunca, sonrieron como conocidos; y Boitelle sentía el corazón trastornado, viendo relucir de pronto, entre los sombríos labios de la muchacha, la línea brillante de sus dientes blanquísimos. Un día entró, por fin, quedando sorprendido al notar que hablaba en

francés, como pudiera haberlo hecho una francesa. La botella de limonada, de la cual aceptó la joven un vaso, quedó en la imaginación del militar como un recuerdo memorablemente delicioso, y se acostumbró á ir á tomar al modesto café del muelle, todos los refrescos y licores que su bolsa le permitía.

— Era para él una fiesta, una felicidad, en la cual pensaba constantemente, mirar cómo la negra mano de la criadita echaba algo en su vaso, en tanto que reían los dientes, más brillantes que los ojos. Al cabo de dos meses de trato eran ya buenos amigos, y Boitelle, pasada la primer sorpresa, al ver que los pensamientos de aquella negra eran semejantes á los buenos pensamientos de las muchachas del país, que respetaba la economía, el trabajo, la religión y la buena conducta, le gustó más aún, y se enamoró de ella hasta el punto de querer hacerla su esposa.

— Comunicóla este proyecto, que la hizo bailar de alegría. La muchacha tenía algún dinero heredado de una vendedora de ostras que la había recogido al ser depositada en el muelle del Havre, por un capitán americano. Este capitán había encontrado, á la edad de seis años próximamente, acurrucada

sobre unas balas de algodón en la bodega de su navío pocas horas después de su salida de Nueva



York. Al llegar al Havre confió á los cuidados de aquella mujer compasiva aquel animalito negro, depositado en su embarcación sin saber cómo ni por quién. Muerta la

vendedora de ostras, la joven negra entró á servir en el café de las Colonias.

Antonio Boitelle añadió:

—Nos casaremos si mis padres no se oponen. Yo no contrariaré nunca su voluntad, ¿oyes?, ¡jamás! La primera vez que vaya al pueblo les hablaré de esto.

En efecto, á la semana siguiente, habiendo obtenido una licencia de veinticuatro horas, fué á ver á su familia, que cultivaba una pequeña granja en Tourteville, cerca de Yvetot.

Esperó al final de la comida, la hora en que el café bautizado con aguardiente, torna los corazones más ingenuos, para informar á sus padres de que había encontrado una muchacha que respondía tan bien á sus inclinaciones, á todas sus inclinaciones, que no debía de haber otra en el mundo que le conviniese tanto como aquélla.

Al oírle, los ancianos se pusieron serios de pronto y le pidieron explicaciones. Él nada ocultó, excepto el color de la piel.

Era una buena muchacha, sin gran capital, pero trabajadora, económica, limpia, de excelente conducta é inmejorables sentimientos. Cosas muy pre-

feribles al dinero en manos de una mujer de peores condiciones. Por otra parte, tenía algunos cuartos, heredados de una mujer que la había educado, casi una pequeña dote, mil quinientos francos, en la Caja de Ahorros. Los viejos, seducidos por sus palabras, confiando además en su juicio, cedían poco á poco, cuando llegó al punto delicado.

Con una risa algo violenta, dijo:

—No hay más que una cosa que pueda contrariaros. La moza no es muy blanca.

Los viejos no comprendían y tuvo que explicar largamente y con muchas precauciones, á fin de no desanimarles, que pertenecía á la sombría raza la cual ellos no habían visto más que en las estampas de Épinal.

Entonces se inquietaron, quedaron perplejos, temerosos, como si de repente se les hubiera propuesto una alianza con el diablo.

La madre dijo:

—¿Negra? ¿Cuánto lo es? ¿Por todas partes?

Y él respondió:

—Seguramente. Por todas partes, lo mismo que tú eres blanca.

El padre repuso:

—¿Negra? ¿Tan negra como el alquitrán?

—Tal vez un poco menos—respondió el hijo—.

Negra, pero no de un negro desagradable. La sotaña del señor cura es negra, y sin embargo no es más fea que la sobrepelliz que es blanca.

El padre prosiguió:

—¿Las hay aún más negras que ella en su país?

Y el hijo, convencido, exclamó:

—¡Seguramente!

Pero el buen hombre movía la cabeza, agregando:

—¡Qué desagradable ha de ser eso!

El hijo replicó:

—No lo es más que cualquiera otra cosa, pues en muy poco tiempo se acostumbra uno á ello.

La madre preguntó:

—¿Y no manchan mucho la ropa blanca esas pieles?

—No más que la tuya, pues aquel es su color.

Convínose, en conclusión, después de mil preguntas más, que los padres verían á aquella moza antes de resolver nada y que el muchacho, que terminaba su servicio al cabo de un mes, la llevaría á fin de que la pudieran examinar y decidir, conver-

sando con ella, si no era demasiado obscura para entrar en la familia Boitelle.

Antonio anunció entonces que el domingo 22 de Mayo, que era el día en que recibía la absoluta, saldría para Tourteville con su amiga.

La moza se había puesto para aquel viaje á casa de los padres de su novio sus mejores y más vistosas ropas, en las cuales dominaban el amarillo, el encarnado y el azul, de manera que parecía ataviada para una fiesta nacional.

En la estación, al salir del Havre, miráronla mucho, y Boitelle estaba orgulloso de dar el brazo á una persona que tan poderosamente llamaba la atención. Luego, en el vagón de tercera clase, donde tomó asiento á su lado, produjo la muchacha tal sorpresa entre los aldeanos, que de los vecinos compartimientos subíanse á las banquetas para examinarla por encima del tabique de madera que dividía el coche. Un niño se puso á gritar asustado al verla, otro escondió el rostro en el delantal de su madre.

Todo marchó bien, sin embargo, hasta la estación de llegada. Cuando el tren acortó su marcha al acercarse á Yvetot, Antonio se sintió mal, como en el momento de una inspección cuando no estaba bien

preparado para sufrirla. Asomándose á la portezuela reconoció de lejos á su padre, que tenía de la brida al caballo enganchado al cochecillo, y á su madre, que se había acercado hasta la empalizada que contenía á los curiosos.

Bajó primeramente él, tendió la mano á su amiga, y, erguido, como si escoltara á un general, encaminóse hacia su familia.

La madre, viendo acercarse á aquella señora negra y multicolor en compañía de su hijo, permanecía tan estupefacta, que no podía abrir la boca, y al padre le costaba trabajo contener al caballo, espantado á la vez por la locomotora y por la negra. Pero, Antonio, presa súbitamente de la sincera alegría de volver á ver á sus viejos, se abalanzó con los brazos abiertos, besó á su madre, besó á su padre, á pesar del espanto del animal, y en seguida, volviéndose hacia su compañera, á quien los embobados transeuntes contemplaban deteniéndose, dijo:

—¡Ahí la teneis! Ya os hice saber que, á primera vista, es algo desagradable; pero en cuanto se la trata, nada hay en el mundo tan seductor como ella. Saludadla para que no se aturda.

Entonces la vieja Boitelle, locamente asustada, hizo una especie de reverencia, mientras su marido se quitaba la gorra murmurando: «Felices los tenga usted.» Luego, sin más tardanza, subieron al cochecillo, acomodándose las mujeres en el centro sobre unos asientos que las hacían saltar á cada bache del camino, y los dos hombres delante, en la banqueta.

Nadie hablaba. Antonio, inquieto, silbaba un aire de cuartel; su padre arreaba el caballo y la madre miraba al soslayo á la pobre negra, cuya frente y oscuros pómulos relucían al sol como un lustroso calzado.

Queriendo romper el hielo, Antonio se volvió.

—Bueno—dijo—, ¿no se habla?

—Tiempo hay—respondió la vieja.

Él añadió:

—Entonces cuenta á la muchacha la historieta de los ocho huevos de tu gallina.

Era aquella una broma célebre en la familia. Pero, como su madre continuara callando, paralizada por la emoción, tomó él mismo la palabra y contó, riendo mucho, la memorable aventura. El viejo, que la sabía de memoria, soltó la carcajada á

las primeras frases; su mujer siguió en breve el ejemplo, y la misma negra, en el pasaje más cómico se echó á reír de tal modo, con una risa ruidosa, continuada, torrencial, que el caballo, excitado, emprendió un corto galope.

El conocimiento estaba hecho.

Se habló.

En cuanto llegaron, cuando todos hubieron bajado del cochecillo y luego de acompañar á su amiga á una habitación para que se despojase de su vestido, que habría podido manchar preparando un buen plato á su manera, con el fin de conquistar á los viejos por el estómago, el mozo llevó á sus padres á la puerta y les preguntó, latiéndole el corazón:

—Bueno, ¿qué os parece?

El anciano guardó silencio:

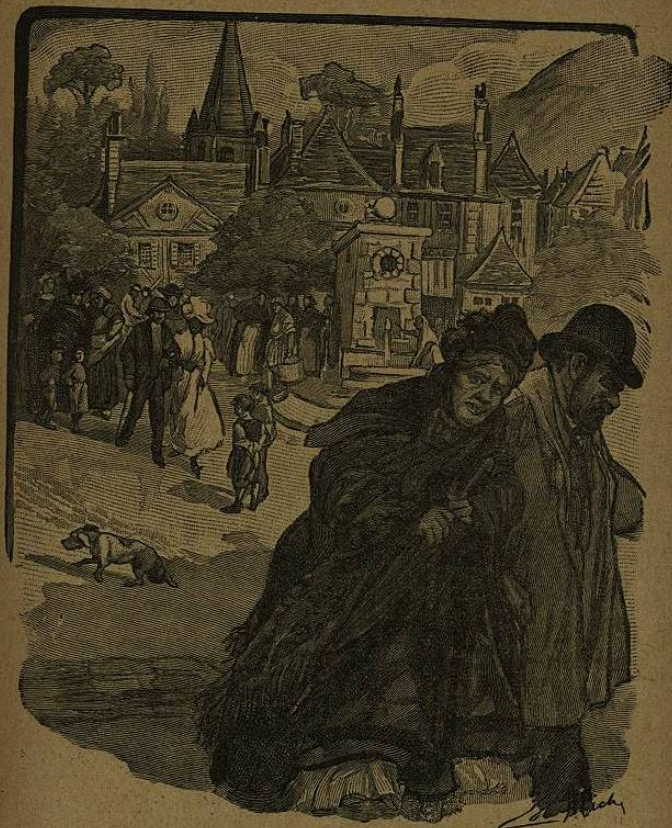
La madre, más atrevida, dijo:

—¡Es demasiado negral De veras, hijo; lo es demasiado. Me ha revuelto la sangre.

—Ya os acostumbraréis—dijo Antonio.

—Es posible, pero no de pronto.

Entraron en casa, sintiéndose conmovida la pobre mujer al ver guisar á la negra. Y la ayu-



dó, recogiendo las faldas, ligera, á pesar de su edad.

La comida fué buena, larga, alegre. Cuando, ter-

minada ésta, salieron á dar un paseo, Antonio apartóse con el viejo y le dijo:

—Bueno, padre; ¿qué te parece?

El lugareño no se comprometía:

—Yo no tengo opinión. Pregunta á tu madre.

Antonio fué entonces al lado de su madre, y quedándose atrás con ella, repitió:

—Bueno, madre; ¿qué te parece?

—La verdad, pobre hijo mío, es demasiado negra. Si lo fuese una miaja menos, no me opondría; pero lo es demasiado. Parece el mismísimo demonio.

No insistió, sabiendo que la vieja era obstinada; pero sentía alzarse en su corazón una tempestad de dolor. Reflexionaba qué podría hacer, qué podría inventar, sorprendido por otra parte de que no les hubiera ya seducido como le había seducido á él. Y marchaban los cuatro lentamente á través de los sembrados, volviendo á sumirse poco á poco en el anterior silencio. Cuando se aproximaban á un cercado, los campesinos aparecían en la empalizada, los chiquillos trepaban á las alturas y todos se precipitaban al camino para ver pasar á «la negra» que había traído el hijo de Boitelle. A lo

lejos veíase á las gentes correr como si oyeran el redoble del tambor de unos titiriteros.

El viejo y la vieja Boitelle, asustados ante aquella impertinente curiosidad campesina que producía su presencia, aceleraban el paso, uno al lado del otro, precediendo de lejos á su hijo, á quien su compañera preguntaba qué opinaban de ella sus padres.

El joven respondió vacilando que aún no estaban decididos. Pero al llegar á la plaza, el pueblo en masa salió alborotado, y ante la aglomeración creciente, los viejos Boitelle huyeron hacia su casa, mientras Antonio, encolerizado, dando el brazo á su amiga, avanzaba con majestad ante los campesinos, que los contemplaban con la boca abierta.

Comprendía que todo había concluído, que ya no había esperanza posible, que no se casaría con su «negra»; también ella lo comprendía; y los dos iban llorando al acercarse á la granja. En cuanto estuvieron en ella, la muchacha se quitó nuevamente el vestido para ayudar á la anciana en sus tareas; la siguió á todas partes, á la lechería, al establo, al gallinero, haciendo el trabajo más fatigoso, repitiendo sin cesar: «Déjeme usted á mí, señora Boitelle», con tan buena voluntad, que cuando llegó la

noche, la vieja, conmovida é inexorable, dijo á su hijo:

—Es una buena muchacha, á pesar de todo. ¡Lástima que sea tan negra! Pero puedes creerme, lo es demasiado. No podría acostumbrarme á verla entre nosotros. Se habrá de marchar; ¡es demasiado negra!

Antonio dijo á su amiga:

—No quieren consentir; les parece demasiado negra. Te habrás de marchar. Yo te acompañaré hasta la estación. Pero no pierdas del todo la esperanza. En cuanto te hayas ido volveré á hablarles.

La acompañó á la estación, repitiéndola que no lo creyese todo perdido, y después de besarla hizo-la subir al tren, que miró alejarse con los ojos hinchados por el llanto.

En balde imploró á los viejos; de ningún modo quisieron consentir.

Y cuando había contado esta historia, que todos conocían en la comarca, Antonio Boitelle añadía siempre:

—Desde entonces no tuve gusto por nada, por nada absolutamente. Y, no agradándome ningún oficio, híceme lo que soy: un pocero.

Le decían:

—Sin embargo, se ha casado usted.

—Sí; y no puedo decir que mi mujer me haya



desagradado, puesto que le he hecho catorce hijos; pero nunca fué para mí lo que la otra; ¡oh, no, seguramente, no! Miren ustedes, la otra, mi negra, no tenía más que fijar en mí sus ojos para que yo me sintiese como transportado...